



Juguetes, infancia y educación filosófica*

Toys, Childhood and Philosophical Education

Ciprian Vălcan*

Universidad Aurel Vlaicu de Arad – Rumania†

DOI: <https://doi.org/10.33975/disuq.vol12n2.1243>

Φ

Resumen

Nadie ha logrado explicarme de manera convincente por qué a los soldados de plástico de mi infancia todo el mundo los llamaba "indios". Algunos me dijeron que las figuras que representaban a los indios debían haber sido las más numerosas y populares desde el comienzo y que, por esta razón, el término que los designaba se había extendido a toda esta clase de juguetes. Otros propusieron la hipótesis de que el nombre en cuestión había adquirido tanta aceptación debido a que, en aquella época, en Rumanía y en otros países comunistas, los wésterns gozaban de gran éxito. También hubo quienes plantearon la hipótesis de que una elección semejante había sido influenciada por las lecturas de los niños de entonces, orientadas hacia el mundo del Oeste salvaje gracias a las novelas de Karl May y James Fenimore Cooper.

Palabras clave: educación, experiencia, filosofía, juguete, juego, infancia.

* **Recibido:** Mayo 10 de 2023. **Aceptado:** Junio 20 de 2023.

* **Contacto:** rabanmaur@hotmail.com

Abstract

No one has been able to convincingly explain to me why the plastic soldiers of my childhood were called "Indians" by everyone. Some told me that the figures representing the Indians had probably been the most numerous and popular from the beginning, and that for this reason the term designating them had been extended to all this class of toys. Others proposed the hypothesis that the name in question had become so popular because, at that time, in Romania and other communist countries, westerns were enjoying great success. There were also those who hypothesized that such a choice had been influenced by children's reading at the time, oriented towards the world of the Wild West thanks to the novels of Karl May and James Fenimore Cooper.

Keywords: Education, Experience, Philosophy, Toy, Game, Childhood.

Cómo citar este artículo: Vălcan, C., & Gómez Mendoza, M. Ángel (2023). Juguetes, infancia y educación filosófica. *Revista Disertaciones*, 12(2), 139–149. <https://doi.org/10.33975/disuq.vol12n2.1243>



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

I

Nadie ha logrado explicarme de manera convincente por qué a los soldados de plástico de mi infancia todo el mundo los llamaba "indios". Algunos me dijeron que las figuras que representaban a los indios debían haber sido las más numerosas y populares desde el comienzo y que, por esta razón, el término que los designaba se había extendido a toda esta clase de juguetes. Otros propusieron la hipótesis de que el nombre en cuestión había adquirido tanta aceptación debido a que, en aquella época, en Rumanía y en otros países comunistas, los wésterns gozaban de gran éxito. También hubo quienes plantearon la hipótesis de que una elección semejante había sido influenciada por las lecturas de los niños de entonces, orientadas hacia el mundo del Oeste salvaje gracias a las novelas de Karl May y James Fenimore Cooper.

Independientemente de la génesis de su nombre, los "indios" fueron mis juguetes favoritos a lo largo de toda mi infancia, precisamente porque no eran más que un pretexto para dar rienda suelta a mi imaginación. Pedazos dóciles de plástico, pintados con colores estridentes, no me negaban ningún capricho, no ponían en duda ninguna de mis decisiones, no criticaban mis explosiones de alegría o mis retiradas melancólicas en algún rincón de la alfombra. Podía esconderlos detrás de una manta o sobre el respaldo de las sillas, moverlos debajo de la cama o hacer que marcharan junto a las patas de la mesa, hacer que volaran por el aire o que aterrizaran en los bordes de los espejos, arrojarlos entre las flores de los jarrones o sumergirlos en el agua de la tina cuando me bañaba; porque ellos siempre me obedecían con alegría, sin quejarse de hambre o sed, de frío o calor, de aburrimiento o agotamiento. Estaban siempre preparados para las misiones más complicadas en los desiertos de los mongoles o en los bosques dominados por los bárbaros, dispuestos a descender por las aguas misteriosas del Amazonas o a enfrentarse sin temor a los piratas en medio del océano. Sus rostros no conocían más que una sola expresión, pero para mí era suficiente, porque en ella descubría la devoción más completa, así como el deseo inquebrantable de seguirme hasta el fin del mundo.

En los primeros años, mi mayor placer no era conducir a mis soldados en la batalla, sino solo ordenarlos en formación de combate, revisando diariamente sus efectivos y deleitándome con la admirable habilidad que demostraban al sostener sus armas en las posiciones más increíbles. Sentía una gran alegría cada vez que sus filas estaban perfectamente alineadas, como si fuera un arquitecto que finalmente tenía la oportunidad de ver la conclusión de la construcción de un palacio, de una belleza nunca vista y en cuyo proyecto había trabajado durante años. Pero tan pronto como todas las formaciones estaban hechas, aunque parecía que nunca me cansaría de contemplarlas desde todos los ángulos, comenzaba, sin embargo, a pensar en cómo organizar a mis soldados en otra posición de combate, lo que me generaba horas seguidas de angustia; porque, por un lado, quería descubrir nuevas y más complicadas estructuras geométricas en las que pudiera desplegar mis tropas, pero por otro, me daba pena estropear lo que apenas acababa de terminar. Al final, después de una resistencia obstinada, cedía y derribaba de un solo golpe el sofisticado orden de mis figuritas, comenzando de nuevo.

Más tarde, mis soldados mostraron su valentía en la batalla, esforzándose por hacer huir al enemigo. Gracias a su obediencia sin rechistar, podía imaginar cómo Sinan Pasha perdía sus dientes en los pantanos de la localidad rumana de Călugăreni; cómo Vlad el Empalador se deslizaba en la noche en el campamento turco e intentar asesinar con su propia mano al sultán; o cómo Esteban el Grande aprovechaba la niebla en Podul Înalt para aplastar a sus enemigos, como más tarde me contó Aurica y como lo hizo Napoleón en Austerlitz.

Las batallas duraban horas, así que tenía tiempo suficiente para imaginar no solo enfrentamientos cruentos entre cuerpos enteros de ejércitos, con ataques, contraataques, repliegues, emboscadas y brillantes cargas de caballería, sino también duelos a muerte entre sus principales comandantes, como había leído que sucedía en tiempos verdaderamente heroicos. No era solo un furioso cruce de armas, sino también un cuidadoso insulto retórico, porque los adversarios se provocaban hábilmente frente a todos sus hombres, esforzándose por ganar gloria no solo por manejar espadas o lanzas, garrotes o escudos, sino también por palabras bien dirigidas que destruyeran la honra de sus enemigos. Los insultos ingeniosos eran tan importantes como las espadas hechas del

maravilloso acero de Toledo, así que inventaba las más viles injurias para mis caballeros, inspirándome, por supuesto, tanto en lo que había leído en diversas novelas históricas como en el lenguaje de los trabajadores que trabajaban entonces para conectarnos al sistema de calefacción urbana.

"Mis" indios eran de todo tipo. Tenía militares que habían luchado en la Segunda Guerra Mundial, con ametralladoras, cascos redondos y sistemas rudimentarios de transmisión, pero también pieles rojas con hachas, arcos o rifles, vaqueros equipados con lazo, pistolas en ambas manos o un rifle, sin contar a los soldados de los ejércitos medievales, siempre de color marrón, y portando armas adecuadas para la guerra de su época, como alabardas, lanzas, mazas, espadas y escudos.

Todos estos soldaditos de plástico se podían comprar en cualquier librería común y supongo que no costaban mucho, porque regularmente recibía nuevos reclutas, de tal manera llegué a tener varias docenas. En cambio, los caballeros con suntuosas armaduras azules o verdes, montando caballos blancos como la espuma de la leche, con espléndidas lanzas preparadas para el torneo, eran muy raros y no se podían encontrar en Arad, Oradea, Cluj o Salonta, ciudades a las que mis padres iban con cierta regularidad. Solo recibí dos de estos príncipes, traídos por papá desde Bucarest, y apenas me atreví a tocarlos, intimidado por su belleza que entonces me parecía sin igual. Los mantuve un tiempo solo en la vitrina y solo después empecé a jugar con ellos, como si estuviera horrorizado por la idea de que pudiera destruir accidentalmente tales obras maestras. En mi memoria, siempre estarán asociados con las frituras recubiertas de chocolate que papá nos traía de Bucarest.

Cuando tenía unos 11 años, las batallas y los héroes dejaron de interesarme. Dejé atrás una historia de cruentas luchas libradas durante casi nueve años; pero no abandoné a "mis" indios. Tan pronto como dejé de usarlos para duelos o guerras, les encontré otro uso, convirtiéndolos en futbolistas. Para ser útiles en el nuevo contexto, los soldados de plástico necesitaron algunos ajustes: les corté los soportes que les permitían mantenerse en pie solos, les quité las armas, les saqué los adornos excesivos que podrían dificultar su carrera y los sometí, sin ningún remordimiento, a diversas mutilaciones. Los "indios" que parecían ser los más adecuados para mis nuevos propósitos se convirtieron

inmediatamente en mis favoritos, transformados en atacantes extremadamente contundentes. Los que me daban la sensación de que eran capaces de patear bien a la portería se convirtieron en puntas de ataque. Otros, más adecuados para correr, se usaban como extremos, ofreciendo centros útiles para los jugadores dotados con un buen remate de cabeza. Los torpes, pesados y barrigones se transformaban en defensas, esforzándose por detener las brillantes acciones de los magníficos regateadores representados en mis partidos de fútbol por el famoso Garrincha, apodado "El Diablo cojo". En la puerta, solo podían estar los "indios" con manos largas, y ellos se transformaban una vez en Lev Yashin o en la "Pantera negra" Gordon Banks, cuando sacaban de manera increíble la pelota del arco.

Cuando renuncié a jugar con los "indios", mi madre los recogió cuidadosamente y los guardó en un lugar conocido solo por ella. Durante mucho tiempo pensé que los había tirado o que los había regalado a otros niños, pero descubrí con asombro, casi 20 años después, que los había guardado para mi hijo.

II

Federico II de Hohenstaufen, apodado por sus contemporáneos *Stupor Mundi* debido a su impresionante erudición y facilidad para hablar una variedad de idiomas, desde el alemán hasta el árabe, pasando por el griego, el latín, el francés y el italiano, siempre estuvo interesado en los grandes temas de la Filosofía, y el que le interesó especialmente fue el problema de la naturaleza del alma. No se conformó con una investigación teórica del tema, sino que también intentó un enfoque empírico; aunque resultó ser cruel: para averiguar qué sucede con el alma al morir una persona y, sobre todo, cuál es su naturaleza, ordenó que un joven pastor fuera encerrado en un barril, y pidió a las personas encargadas de supervisar el experimento que observaran lo que sucedía después de que diera su último suspiro. Parece que Federico estaba dispuesto a apostar a que el alma saldría del cuerpo en forma de vapor y estaba curioso por ver si su hipótesis resultaba correcta. Sin embargo,

por mucho que esperaron las personas vigilando el barril, nada salió de él, por lo que el audaz emperador no obtuvo ninguna información sobre el alma, solo el cuerpo sin vida del pobre pastor.

Cuando era niño, no sabía nada sobre el gran Federico II Hohenstaufen ni sobre su aterrador experimento, pero actuaba de alguna manera igual con mis numerosos juguetes, porque el deseo de saber me impulsaba a descubrir el secreto de su movimiento. Mi investigación comenzaba casi siempre de la misma manera –sacaba, con mucho esfuerzo las ruedas de caucho, usando solo mis manos o, si la resistencia era demasiado fuerte, traía un destornillador de mi padre–. Luego, muy inconforme con el resultado, porque el carro andaba cada vez más lento y las ruedas no me servían de nada, esperaba unos días más. Después, impulsado por un repentino deseo de continuar la investigación, desmontaba con entusiasmo la carrocería, y quedaba en mis manos una plataforma rectangular de plástico que tenía cuatro ruedas en los bordes y un motor en el medio. Seguía jugando con este extraño vehículo que parecía cada vez más una vagoneta, poniendo algunos de mis soldados en ella y transportándolos a diferentes líneas del frente. Lo que quedaba del pobre carrito todavía tenía cierta utilidad en esta etapa, ya que podía moverse y era útil para transportar tropas o mercancías que se dirigían a los exóticos puertos desde donde comenzarían su largo viaje por mar (en mis juegos, las alfombras solían representar las porciones de tierra, mientras que las zonas de parcela descubiertas eran las aguas del mundo, los mares y los océanos). Pero no me contentaba con eso –comenzaba a halar con todas mis fuerzas de las ruedas de la máquina tratando de separarlas del suelo donde estaban fijadas por medio de una varilla metálica–. Esta era la parte más difícil de la operación de destrucción y no siempre terminaba con éxito, ya que algunos carros estaban tan bien hechos que no podía arrancarles las ruedas. No obstante, la mayoría de las veces lograba llevar a cabo mi plan hasta el final, decidido a no rendirme ante la resistencia de la materia. Desde entonces ya consideraba que con una voluntad lo suficientemente tenaz podía superar todos los obstáculos, así que destrozaba las ruedas. Solo quedaba la base del carro con el motor incrustado en su centro. El mayor riesgo de herirme era precisamente cuando intentaba sacar el motor y sucedió varias veces, me rasguñaba o cortaba, pero eso no me hacía retroceder. La última etapa era la desintegración del motor mediante la extracción del resorte oculto en su interior. El movimiento había terminado y

me quedaba con un montón de piezas poco estéticas y completamente inútiles. Había satisfecho mi curiosidad a costa de la destrucción del juguete. Su cuerpo yacía inerte, hecho pedazos, pero el alma no apareció.

Después de algunos años dedicados al placer de la destrucción, empecé a tratar mejor a mis carritos, decidí probar su rendimiento y compararlos, cuando tenía la oportunidad, con los carros de otros niños. La primera etapa consistía en comprobar la movilidad de las ruedas. Agarraba el carro con la mano izquierda, y con la derecha giraba las ruedas, esforzándome por determinar qué tan rápido se movían. En la siguiente etapa, lanzábamos los carros al suelo, de uno en uno ya o compitiendo con Bogdi, y de esta manera podíamos saber cuáles eran capaces de llegar más lejos. Todavía existía una etapa posible, pero que solo tenía lugar en el apartamento de mis abuelos o en la casa del tío Ghiuțu, porque para esto se necesitaba mucho más espacio que el del apartamento de mis padres: nos arrodillábamos con una mano en el carro, y cuando se daba la señal de partida, teníamos que ponerlo en movimiento, corriendo junto a él mientras lo hacíamos moverse sobre el suelo. Por supuesto, era una prueba dedicada principalmente a verificar nuestra velocidad en lugar de la rapidez de los carros, pero considerábamos que todos los méritos eran de los carritos.

Cuando crecí aún más, renuncié por completo a las competiciones de velocidad, quizás porque el deseo de competir, tan fuerte al principio, se había esfumado. Los carros ya no eran valiosos solo por su velocidad, sino que se habían vuelto interesantes especialmente desde un punto de vista estético. Ya no necesitaba carros que superaran a otros, carros que me trajeran triunfos, sino simplemente carros que me parecieran hermosos. Ahora procedía de otra manera, tomaba los carros en mis manos, estudiaba cuidadosamente su carrocería, luego el espacio interior, tratando de descubrir detalles trabajados con minuciosidad que los diferenciaban de otros carros, modelados toscamente y sin nada diferente.

El carro más hermoso que tuve me lo trajo mi padre de Rusia. Era un carro blanco de época con ruedas negras trabajado con tanta delicadeza que me parecía irreal. El mayor placer era mirarlo desde todas las posiciones y tocarlo con mucha suavidad, como si le estuviera agradecido por haber llegado a mí. Me gustaba mucho especialmente sacar el

capó para contemplar el motor, pero también me encantaba el hecho de que podía abrir su pequeño baúl con forma de maleta, ubicado en la parte trasera. También contaba con una rueda de repuesto fijada directamente en la carrocería, en el lado derecho, entre las dos puertas, lo que le daba un aire adicional de elegancia. Para no dañar sus ruedas bastante rígidas, no lo movía sobre el suelo o sobre la mesa, sino que volaba con él por el aire o simplemente lo sostenía en la palma de mi mano, contentándome con hacerlo viajar en mi imaginación.

Otro carrito al que le tenía mucho cariño, a pesar de que estaba construido de manera rudimentaria y tenía la desventaja de estar pintado con un gris irritante, tenía una ventaja única: un remolque espacioso sobre el cual descansaba un bote neumático amarillo. Los remolques me fascinaban porque me daban una sensación extraordinaria de libertad y, además, me parecían algo muy sofisticado, específico de Occidente. El bote amarillo simplemente me parecía muy hermoso, así que a menudo lo sacaba de su lugar en el remolque y jugaba con él en el suelo, imaginando que lo usaba para llegar desde el continente hasta una isla. Cuando tuve más coraje, decidí comprobar si flotaba en el agua. En la primera fase, llené el lavamanos y traje el barquito, curioso por ver si no se hundía. Para mi deleite, fue suficiente darle un pequeño impulso para que flotara con elegancia. Luego jugué con él mientras me bañaba y la tina estaba llena de agua, permitiéndome así hacer viajes mucho más largos, dejándolo flotar a la deriva en el océano y ofreciendo generosamente refugio a aquellos cuyos barcos habían sido hundidos por los corsarios.

También tuve carros de metal azules, resistentes a los choques, que golpeaba sin piedad contra las paredes, descapotables para safaris, pintados como cebras, carros con forma de escarabajo imitando tristemente a los adorables Volkswagen Beetle, coches amarillos como cajas de sardinas, pero también un enorme camión volquete de marca Roman, en el que cabía Bogdi cuando era pequeño, o un tosco y grande campero Aro rojo rumano.

III

Las pelotas siempre estuvieron entre mis juguetes favoritos, porque siempre me gustó su especial elasticidad y el hecho de que podía usarlas de muchas maneras, inventando nuevos juegos todo el tiempo. Usaba pelotas más grandes, de balonmano o fútbol, solo afuera, pero las pelotas más pequeñas, de tenis o de tenis de mesa, me permitían divertirme también en casa, en secreto, cuando mis abuelos o padres estaban ocupados con diversas tareas. Hasta alrededor de los 16 años, solía lanzar una pelota de tenis de mesa contra la pared, intentando retomarla al vuelo para enviarla a uno de los sillones, que cumplía la función de portería, y me sentía muy feliz cuando lograba el movimiento.

Pero lo más importante eran las pelotas grandes, porque en las escuelas los chicos jugaban al fútbol y las chicas al balonmano. La pelota que se convirtió en la favorita de todos era una de color ladrillo y costaba 35 leones¹. Para asegurarnos de que teníamos con qué jugar al fútbol, juntábamos dinero al comienzo del año y así teníamos una pelota en la clase, disponible en cualquier momento, dejada al cuidado del chico más gordo que jugaba de portero. El gran problema surgía cuando la pelota se rompía, porque hasta que conseguíamos otra, nos sentíamos como si estuviéramos sin rumbo, sin deseos de hacer nada y sin saber cómo pasar el tiempo durante los descansos o al terminar las horas de la escuela.

La pelota que costaba 35 leones estaba hecha de un caucho más grueso y tenía una elasticidad excepcional que hacía que su trayectoria fuera predecible, dándonos una cierta seguridad cuando intentábamos patear o driblar, ya que sabíamos que gracias a ella no tendríamos sorpresas desagradables. No saltaba sin ton ni son, no se desinflaba de repente, no hacía volutas extrañas en el aire, por lo que era querida por igual por los delanteros y

¹ La moneda rumana es el "leu" (león) y su plural en rumano es "lei" (leones). N. del T.

los porteros, era garantía de un partido espectacular independientemente de las condiciones climáticas.

Tuve una de estas pelotas cuando tenía unos 10 años y recuerdo que practicaba casi a diario en el patio, pateándola contra las paredes decenas de veces y luego intentando recibirla directamente en el aire con la cabeza o el pecho. Otras veces, hacía malabares con la misma pelota color ladrillo, tratando de pasarla del pie izquierdo al derecho y luego del pie derecho al izquierdo y así sucesivamente hasta que me aburría o me cansaba. Cuando la llevaba a la escuela, podía elegir los equipos y establecer las reglas del juego, disfrutando de un verdadero prestigio aristocrático, por lo que no habría renunciado a ella por nada en el mundo.

IV

Hasta cerca de los 10 años, fui muy enfermizo: tuve un tipo grave de asma, curada finalmente solo gracias a Aurică. No desfallecía en escribirles, en alemán, a los de la Cruz Roja, para obtener un medicamento que solo se podía encontrar en Occidente; tuve sarampión y paperas; me quitaron los pólipos dos veces; tuve innumerables episodios desagradables de amigdalitis, siempre tratados, para mi gran temor, con inyecciones de penicilina.

En uno de estos episodios de enfermedad, cuando la fiebre no bajaba a pesar de los tratamientos intentados por la tía Tanța, y me sentía agotado por los innumerables enjuagues de mi garganta con azul de metileno, pero también por las compresas calientes de mostaza que me aplicaban constantemente en el pecho, mamá Zina, pensó en levantarme el ánimo. Fue a la tienda de juguetes del centro de Arad, que estaba a solo unos metros de la sala de belleza donde trabajaba, y le pidió a la señora Jeni, su buena amiga de allí, que le mostrara si había recibido algo nuevo. No necesitó mucho tiempo para decidirse: regresó triunfante con un enorme tanque verde, como nunca antes había visto y nunca volvería a ver después. Me alegré tanto al recibir ese magnífico juguete que mi fiebre bajó inmediatamente y mi estado de ánimo mejoró de inmediato. No lloré más,

deje de protestar, deje de estar sin energía. Incluso tan pronto como me quedaba solo en la habitación, me levantaba sigilosamente de la cama y me dirigía a mi maravilloso tanque, mirándolo desde todos los ángulos, tocando su torreta y ametralladoras, poniendo en movimiento sus formidables orugas capaces de aplastar cualquier resistencia. A veces, mis abuelos me sorprendían jugando con el tanque y me enviaban inmediatamente a la cama, temerosos de que me resfriara aún más. Pero no había manera de que eso sucediera: el regalo de mis abuelos me había hecho tan feliz que un día después, estaba completamente curado.

V

Igual de feliz como estaba cuando recibí el tanque, me puse muy triste cuando se rompió, después de solo tres días, sin que yo tuviera la culpa de su falla. No podía creer que mi juguete más hermoso yacía inerte y que nadie podía repararlo. Mamá Zina habló con el tío Ion, vecino del primer piso, mecánico de locomotoras y un hombre entendido en todo, pero ni siquiera él pudo hacer nada para ponerlo en funcionamiento. Al ver que no tenía otra opción, mi abuela puso el tanque en una bolsa y, muy molesta, se lo devolvió a su fiel amiga Jeni, esperando recibir otro ejemplar a cambio. Pero el maravilloso tanque era único, no había otro como él en Arad. Temiendo que me enfermara de nuevo por la pena, mi abuela pidió algo extraordinario. Después de una seria reflexión, Jeni, que no tenía mucho más que ofrecer, sacó su último as de la manga, escondido en un rincón de su tienda –un juguete chino–.

Cuando vi que mamá Zina regresaba sin un tanque, empecé a llorar y corrí a esconderme detrás de una mata de ficus en la habitación grande. La abuela vino, me tomó en sus brazos y me dijo que había encontrado algo mejor, un soldado que se mueve solo y dispara contra el enemigo. Eso despertó mi curiosidad, así que acepté que se me hiciera una demostración. Perfectamente aconsejada por Jeni, sacó una caja rectangular en la que había un soldado acostado, vestido con un uniforme verde y con un casco redondo en la

cabeza. Lo puso sobre el piso, presionó un botón y, para mi sorpresa, el soldado comenzó a arrastrarse sobre su vientre y, después de solo dos movimientos, disparó la ametralladora que tenía en las manos, haciendo un ruido como el que había escuchado en las películas de guerra. Luego continuó avanzando, se detuvo y disparó. Y así sucesivamente, hasta que se le acabaron las pilas y mamá Zina las reemplazó por otras nuevas. Las hazañas del infante me dieron tanto placer que olvidé inmediatamente el tanque, y el nuevo juguete se convirtió en mi favorito a tal punto que, durante muchos años, sentí la necesidad de sacarlo del armario y mostrárselo a todos los que venían de visita a mi casa por primera vez.

VI

Plotino: "Pues así es como hace el hombre que no sabe vivir sino con cosas bajas y con las cosas externas: él no sabe que incluso cuando derrama lágrimas o toma las cosas en serio, de hecho, está interpretando un papel. Solo la parte seria del hombre puede emprender, acciones serias, en serio; de resto, el hombre no es más que un juguete. Aquellos que no saben ser serios y no saben sobre sí mismos que son apenas algunos juguetes, toman sus juguetes en serio. Si, jugando con ellos, llegamos a sufrir las mismas desgracias que ellos, debemos, quitándonos la máscara que hemos llevado mientras jugábamos, saber que hemos sido atrapados dentro un juego de niños. Y si Sócrates juega, solo juega con el Sócrates el exterior" (Plotin*Opere*, Ed. Humanitas, București, 2003. Traducción del griego de Andrei Cornea)

Traductor: Miguel Angel Gómez Mendoza

Referencias

Original inédito en rumano: “Jucării”. Traducción al español y notas por Miguel Ángel Gómez Mendoza (Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia). Se traduce y publica con autorización del autor.